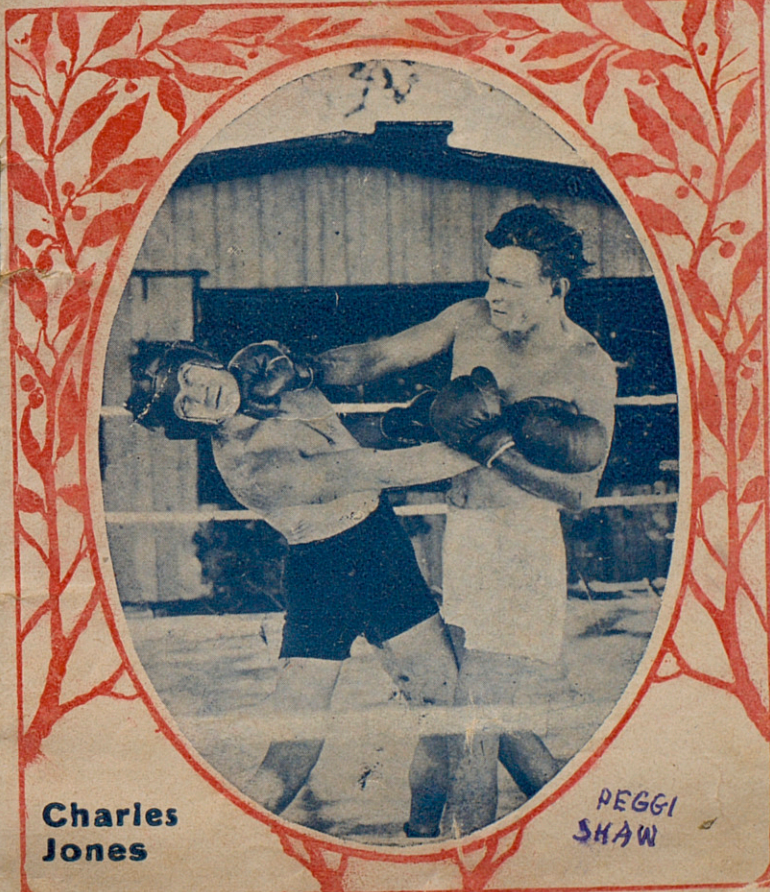


# Biblioteca-Films

N.  
234

**TODO CORAZON**

**25**  
CTS.



**Charles  
Jones**

**PEGGI  
SHAW**



VAN DYKE, W.S.

# BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:  
**Calle Valencia, 234-Apartado 707**

Centro de Reparto de Suscripciones: Barará, 15

**B A R C E L O N A**

AÑO V

**APARECE LOS MARTES**

Núm. 234

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA  
..

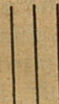
## Todo corazón

(WINNERS TAKE ALL, 1924) OK  
Interesante novela deportiva en la que  
hace gala de sus grandes facultades  
boxísticas el coloso artista y atleta

**CHARLES JONES**

I PEGGY SHAW

Por RICARDO PUENTE NEVOT

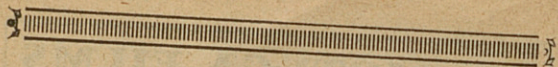


REPARTO

Buc Jones..... **Charles Jones**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA





I

La primera vez que Buc pisó Los Angeles, quedó admirado. Aquellas casas altas, suntuosas, aquellos palacios tan elegantes, las calles rectas y espaciosas, las mujeres tan bonitas, tan admirables...

¡Qué satisfacción la suya! Por fin había logrado realizar el ensueño de su vida, por fin había dejado el pueblo en que nació para vivir en la capital, por fin podría dedicar todas sus actividades al boxeo.

¡Y qué no le gustaba a él nada este deporte! Claro es que no sabía boxear pues a excepción de tres o cuatro veces que alguna troupe de saltimbanquis, donde siempre abundan los atletas, habíanse exhibido allá en su pueblo, no había visto jamás un combate pero, a pesar de ello, él veíase con facultades para poder competir con aquellos hombres que la fama adulaba, para poder enfrentarse con aquellos héroes del pugilismo.

El era fuerte, el más fuerte de su pueblo,

y en cuanto a valor ¡vaya, que de eso ni que hablar había! El se había jugado la vida infinitas veces sin pestañear siquiera con que, ¡cómo se había de figurar nadie que tenía miedo!

Vestido a la usanza de los vaqueros nuestro hombre hallábase en Los Angeles, un poquito ancho. Las bocinas de los autos, los camiones, los tranvías, teníanle aturrido y para colmo de desdichas, en todo su caminar sin rumbo fijo, no pudo ver sino caras bonitas, cuerpos flexibles admirablemente ataviados, ojos llenos de un atractivo sin límites.

Se dirigía a casa de Pedro Buster, quien habiendo adivinado en él condiciones físicas inmejorables habíale ofrecido, un año atrás, su protección por si quería probar fortuna en el noble deporte.

—Usted posee cualidades y condiciones— le había dicho—. Y si se decide no dude en venir a verme. Yo le aseguro triunfos, muchos triunfos.

Y Buc que durante los doce meses no había podido apartar la proposición de Buster de su mente, abandonó un día Tabladilla, y se llegó a Los Angeles dispuesto a “llegar” si el señor aquel que tan amablemente le ofreció ayuda, no se había olvidado de él.

Pedro Buster era uno de esos hombres que dedican todas sus actividades al boxeo.



Empresario, capitalista sólido, hombre en fin consagrado al deporte, su mayor anhelo era dar con el hombre con que había soñado para consagrarlo en el ring como obra suya. Cuando conoció a Buc quedó admirado de la constitución física del muchacho. Buc era un hombre joven, robusto, pletórico de energía, vigoroso y ágil, valeroso como el que más, y estas cualidades que él con ojo experimentado supo aquilatar fueron las que le indujeron a proponerle su ayuda. Pero Buc que en aquel momento no logró comprender el valor de la proposición había reído modestamente considerándose inapto. Mas pasados los días las palabras de Mr. Buster fueron adentrándose en el corazón y decidido se fué a Los Angeles en busca del apoyo prometido.

Pedro Buster le recibió cordialmente y cuando quiso saber el objeto de la visita, Buc le contestó:

—Pues verá usted don Pedro; vengo a lo que usted prometió hacerme. A triunfar si sirvo.

—¡De manera que estás dispuesto a ser boxeador!

—Si cree usted que he de valer...

Buster le propinó un soberano golpe en el estómago, signo en él de alegría y que Buc recibió combando el cuerpo.

—Bravo, muchacho. Voy a hacer de ti un

verdadero campeón. Tu debut va a causar verdadero asombro.

—Bueno y yo qué he de hacer.

—Lo que yo te diga y lo que el entrenador te ordene y verás que pronto te vuelves tan duro como la roca.

Y así quedaron Buc y Buster, satisfechísimos el primero de la cordial acogida, encantado el segundo que no dudaba haber descubierto al que había de ser todo un campeón.

Alegre Buc por el éxito de su primera visita regresaba a la fonda cuando oyó el ruido que produce un galopar desenfrenado. Apenas tuvo tiempo de reflexionar porque un corcel en loca carrera, desencajados los ojos y el belfo lleno de blancos espumarazos que sembraba por doquier, apareció en una revuelta del paseo llevando encima un ser humano que hacía esfuerzos desesperados por mantenerse en la silla. Buc de un salto plantóse en medio del paseo y desoyendo las voces de los transeúntes que le señalaban el peligro, esperó a pie firme a que el bruto desbocado lo alcanzara.

Fué un instante en que las manos del corcel estuvieron a punto de machacarle el pecho, pero él, sereno, desafiando el peligro, saltó rápido como el rayo sobre la rienda suelta y dejóse arrastrar dominando con su pero la boca del bruto.



La sacudida fué enorme, el jinete sin fuerzas ya para sostenerse más tiempo se desprendió de la silla cayendo encima de su salvador que recibió el golpe sin exhalar una queja.

Buc se levantó instantáneo, contempló al caído jinete que yacía sin sentido y cual no sería su admiración al observar que era mujer, joven y hermosa.

A pesar de que el encontronazo habíale magullado el cuerpo no dudó un instante. La cogió en sus robustos brazos y como que la finca de Pedro Busted era la más próxima la llevó allí para poderle prestar los primeros auxilios.

Su asombro no tuvo límites al oír exclamar a su protector:

—Pero si es Irene, Dios mío, ¡qué le ha pasado! — y como viera a Buc mirole con agradecimiento, diciéndole—: Gracias amigo, estoy seguro que le debo la vida de mi hija.

—Su hija...

—Mi hija, sí; mi hija a quien usted ha salvado.

Buc no sabía qué responder, ni qué decir pero cuando vió que don Pedro se calmaba e inquería la causa del accidente se explicó:

—Pues, en conjunto nada. Salía yo de aquí cuando oí un galopar desenfrenado al mismo tiempo que de una curva, un caballo



Buc contempló al caído jinete que yacía sin sentido.

llevando una cosa que parecía un maniquí atado a la silla, se me echó encima. Salté, me agarré a él y al cabo se detuvo vencido, pero no sin antes haber despedido al jinete que cayó sobre mis costillas magullándolas. Total, ya lo vé que me echó a cuestras a la amazona, que la traigo aquí y que resulta su hija. Eso es todo.

—Eres un valiente Buc.

—¡Valiente! ¡Acaso llama usted a eso valentía!... Eso lo hice y lo hace cualquiera. A ver si la iba a dejar que se estrellase.



Pero la tal modestia que brotaba de aquellas palabras, la grandeza que se desprendía de ellas que el buen Buster le abrazó enternecido.

Irene abrió los ojos, sonrió a su padre tranquilizadamente y después miró a su joven salvador agradecida.

—¿Te has hecho daño?

—No papá, pero este señor si que se ha hecho pues yo le caí encima.

—No se preocupe por mí, señorita; yo tengo el cuerpo acostumbrado.

—Me dirá usted su nombre, ¿verdad? Yo le agradeceré su acción toda la vida.

—Su nombre—exclamó el padre jovial—. Pues Buc, se llama Buc y pronto será el campeón del mundo de boxeo.

—¿Le conoces?

—Recuerdas de aquel muchacho de Tabladilla de quien te hablé el año pasado.

—Aquel joven vaquero que tanto te entusiasmó..

—El mismo.

—¡Oh, señor Buc! ¡Qué suerte la mía! Pero de veras que va usted a boxear.

—Sí, señorita. Su papá me ha ofrecido su valioso apoyo.

—Pues triunfará usted, se lo aseguro. Triunfará usted porque papá le preparará y porque yo lo quiero.

—Son mis deseos, señorita, y le aseguro que haré cuanto en mi mano esté porque al propio tiempo que satisfaga mis anhelos complazca a usted.

## II

Desde aquel día feliz en que Buc tuvo la suerte de salvar a la hija de Pedro Buster, deslizábasele la vida dentro de una completa acción.

El gimnasio le absorbía todas las horas y a no ser porque Buster le indicaba la de la comida más de un día habríase quedado sin comer.

—Buc, no te fatigues—decíale su protector—. Hay que tomarlo con calma, sin hacer excesos que pueden resultarte perjudiciales.

Pero el muchacho, llevando en la memoria la frase de Irene y en la mente los ojos, pasábase horas enteras saltando, corriendo, robusteciendo el puño, adquiriendo la elasticidad que le es necesaria a todo boxeador.

Las piernas fueronsele poco a poco convirtiendo en templado acero, el estómago trabajado con intensidad parecía una roca, los puños eran mazas vigorosas que martillaban eficazmente las mandíbulas de sus adversarios.



Su entrenador, antiguo campeón de pesos pesados que poseía el secreto de todas las marullerías del "ring" habíale enseñado los resortes fundamentales para lograr la victoria.

Para vencer habíale dicho — es necesario pegar fuerte y recibir con ánimo. No hay que encoraginarsé sino calcular los golpes, procurando descubrir el momento decisivo.

A Buc parecíanle admirablemente los consejos de su maestro mas, al principio, no podía sentirse tocado en la cara sin que la sangre le afluyese a la cabeza, pero como fué comprendiendo poco a poco y a fuerza de recibir que era inútil la cólera, se hizo paciente esperando desquitarse algún día de las palizas que le daba su entrenador.

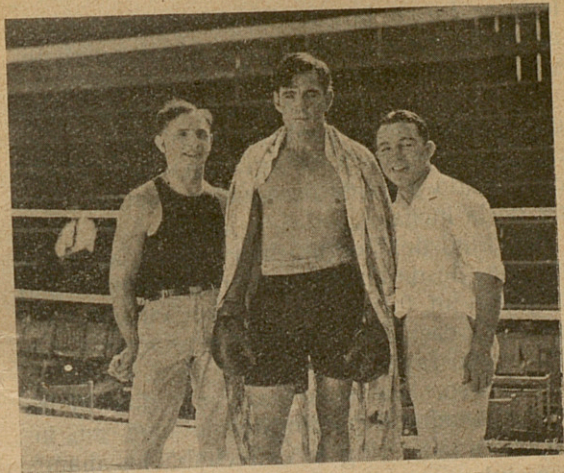
Y llegó ese día, llegó la ocasión y afortunadamente en presencia de Irene.

Una tarde Pedro Buster y su hija se presentaron en el gimnasio. Buc entrenábase con su profesor y éste cual si quisiese hacer alarde de su superioridad ante la doncella castigó tan duramente al joven que rodó éste por el suelo.

Avergonzado levantóse y rehaciéndose del formidable golpe recibido le dijo al entrenador:

—Pega duro porque voy a tumbarte.

Rió el excampeón y dirigiéndose a Buster exclamó:



Salió al ring convencidísimo...

—Al chico le he hecho pupa delante de la señorita y ahora quiere desquitarse, ¿le pego?

—Péguele duro—le dijo don Pedro por lo bajo.

Pero Buc cerrándose en una guardia impenetrable no se dejaba tocar esperando el momento oportuno en que su adversario, fatigado, se descubriera para comenzar el ataque.

Irene contemplaba el combate con alegría infinita pero como por fin el viejo marullero



lograse forzar la guardia del muchacho y le acosase con pertinancia, un miedo pueril invadióla temiendo por el joven vaquero.

Pero ¡ca! el joven vaquero aprovechando un descuido de su profesor le colocó un "uno dos" con bárbara energía en el estómago cambiando a partir de aquel momento el cariz de la lucha.

Al "uno dos" siguió una serie a la cara y después de un cuerpo a cuerpo peligrosísimo colocó un formidable crochet en el rostro que hizo caer a su adversario como fulminado por un rayo.

—Bravo, bravísimo—exclamó don Pedro entusiasmado al propio tiempo que su hija saltando al ring le estrechaba las manos con dulzura.

—Lo hice bien—preguntó el muchacho.

—Jamás vi a nadie pegar tan duro. La semana próxima debutas. Ya está decidido.

Pero Buc lo que le interesaba más era la aprobación de Irene. Aquellos ojos tan negros le tenían trastornado, aquel cuerpecito de muñeca era la obsesión de todas sus horas y para hacerse merecedor a una caricia de aquellos labios infinitamente más lívidos que los claveles era capaz él de todas las heroicidades.

Una tarde en que ambos paseaban por el jardín de la finca de don Pedro, Buc dijo a Irene:

—Está usted contenta de mí, señorita. Ya vé usted que hago cuanto puedo por complacer sus deseos. Usted me dijo un día: "Triunfaré porque yo lo quiero". Y yo desearía que eso "lo" se convirtiese en "le" para poder decirle, señorita Irene yo...

—¿Qué?—y como no continuase—. ¿Se le ha olvidado lo que iba a decirme? Vamos Buc, a mi puede usted decirme todo lo que piense, atrevase.

—Irene...

—¿Se atreve?...

—Sí, me atrevo porque la adoro.

—Por fin...—exclamó ella dando un suspiro y abandonándose en aquellos brazos herculeos que la abrazaban y como Buc fuese a depositar en los encarnados labios la ofrenda de su cariño ella le rechazó dulcemente diciéndole:

—No, todavía no Buc; cuando triunfes.

### III

Y triunfó, no faltaba más; triunfó por ella porque ella se lo había exigido, porque le era necesario vencer para afirmarse en su carrera.

Salió al ring convencidísimo del resultado y al tercer round tumbó de un formidable



crochet a su rival que cayó en el suelo cual herido por un rayo.

La victoria fué fulminante. La afición le ovacionó sin reservas presintiendo en él al campeón del mundo y tras la fácil victoria llegaron los contratos, las halagadoras sonrisas de un sinnúmero de mujeres que estaban ansiosas de estrechar aquellos puños de hierro del vencedor.

Irene no cabía en sí de gozo. Ella que había asistido al combate, y que aunque confiada del triunfo, tuvo un momento de angustia, cuando apenas comenzado el combate el contrario castigó con dureza el estómago de su prometido; mas cuando le vió rehacerse y replicar con valentía con una serie de directos agotadores sintió que el corazón le palpitaba de gozo, invadido de alegría. Después ya no hubo combate, Buc afirmóse en su posición y en cuanto vió llegado el momento aprovechó la oportunidad para dar fin a la pelea.

—Chico, que bien has estado—le decía Irene—. ¡Qué duro pegas!

—Te pareci bien.

—Me pareciste invencible.

—Así que ahora cumplirás lo que me prometiste ¿verdad?

—Y con toda el alma—exclamó brindándole los labios que ansiaban la caricia.

El muchacho posó los suyos sobre el cla-

vel que se le ofrecía y no fué uno sino dos, tres, cuatro, diez las veces que el dulce contacto inundó de dicha sus almas puras.

—Oye, oye—le decía ella—. Que eso no es lo prometido, que te propasas.

—Déjame, chiquilla, quiero beber en tus labios toda la dicha. ¡Sabes tu lo que te quiero!

—¿Más que yo a tí?

—Mucho más.

—Quisieras.

—A que no. Demuéstramelo.

—A que sí.

—Pues toma — y nuevamente juntábanse las bocas y una vez más sonábase en las profundidades del alma el rumoreo del beso.

Don Pedro Buster, entrando de improviso sorprendiólos abrazados mas comprensivo, y no pareciéndole del todo mal aquel cariño entre su hija y el futuro campeón cerró la puerta de nuevo y llamó con los nudillos.

Ambos adquirieron con rapidez una actitud muy digna, mas como el papá de Irene sonriese al contemplarlos ésta, ruborizada, le dijo:

—¿De qué te ries papá?

—Ah, picarueta—exclamó éste—con que aprovechais la oportunidad para estar solos, ¿eh?

—Papá, por Dios—manifestó Irene arre-



bolada—. Yo estaba felicitando al señor Jones por su victoria, ¿Te parece mal esto?...

—Y el señor Jones, ¿qué te hacía a ti?

—Don Pedro—exclamó el muchacho con la cabeza baja.

—¿Qué le sucede, Buc?

—Que yo—atreviose a decir el muchacho con valentía—. Yo amo a Irene...

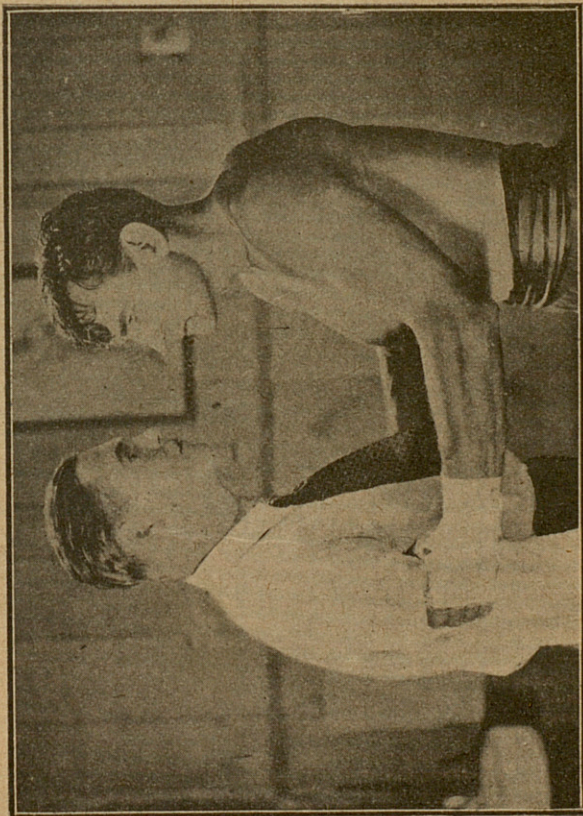
—Y yo a Buc, papá.

—Tunantes, con qué os amais y yo sin saber nada. Acaso no os inspiro confianza...— y como les viese tristes continuó—. Nada, nada que no os lo perdono, desde hoy Irene, eres la novia oficial de Buc Jones.

Los muchachos no cabían en sí de gozo. Ella saltó sobre su papá cubriéndolo de besos, él estrechó con afectuoso reconocimiento la mano de aquel hombre noble que se había convertido en su Providencia. Y luchó, luchó con ahinco, triunfó en cuantos combates, le pusieron a prueba y su triunfo fué rotundo, indiscutible.

Su nombre pronunciábase en los círculos deportivos con entusiasmo y el número de sus partidarios fué creciendo de manera considerable.

Era el hombre de moda el atleta fino, el boxeador científico, que batiría sin gran esfuerzo a cuantos contricantes se le ofreciesen y fué tanta su popularidad, tan grande la fama que fué adquiriendo que los hombres dis-



— Luego se lo contaré todo.



putábanse el apretón de sus manos y las mujeres las delicias de sus bocas.

Irene comenzaba a intranquilizarse; las correrías de Buc por cabarets y dancins, habían llegado a sus oídos con excesiva frecuencia y aun cuando callaba, la angustia oprimía su amante corazón, llenándole de amargo desasosiego. Buc no iba por buen camino, Buc se degeneraba. Aquellas mujeres fáciles que le ofrecían sus caricias iban a ser su perdición si ella no le apartaba del mal camino; pero su padre, su mismo padre, sino le defendía abiertamente por temor de herir la susceptibilidad de su hija, tenía frases de benevolencia para sus calaveradas, que según él, nunca atravesaban los límites que él mismo le había marcado.

—Déjale, tontilla, déjale que se divierta. No ves que un hombre no puede reusar ciertas proposiciones.

—Calla papá, no digas eso. Buc no me quiere.

—Sí, que te quiere, mujer. ¡No te ha de querer!

—Pues por qué me olvida.

—¡Olvidarte! No lo creas. Si tratase de hacerlo aquí está tu padre que sabría obligarle a cumplir con su deber. A quien sino a nosotros debe lo que es.

Pero Buc no la olvida no, ni mucho menos. En su memoria vivía la imagen de la amada.

Para ella guardaba todo su cariño, todos los afectos de su corazón; por llegar a ceñirse la gloria que luego le ofrecería. Sus devaneos amorosos no eran sino momentos fugaces que la maestría le imponía, expansiones naturales muy propios de la juventud. Pero él era fuerte, tenía voluntad suficiente para dominarse a tiempo y, además que no podía evadirse a ciertos compromisos.

—No seas tontilla, nenita. Yo te quiero a ti sola y más que a mi mismo—le decía poniendo en sus frases toda la miel que rebosaba de su corazón—. Para mí lo eres todo en el mundo.

—¿Pues por qué me olvidas?

—Si no te olvido, mujer. Si te quiero más que nunca. Todo eso que te han contado es mentira, te lo juro. Yo no puedo querer a nadie más que a ti.

Y así pasaban los días, así fué acercándose la fecha memorable del combate decisivo.

Buc se entrenaba con cuidadoso esmero, poniendo toda su voluntad, su energía toda en lograr la mayor agilidad posible, la mayor elasticidad a sus miembros. Pasábase horas enteras saltando y corriendo, boxeando con el viejo profesor que estaba admirado del prodigioso discípulo.

—Que te parece Tom—decíale don Pedro al entrenador—. ¿Vencerá a la Hiena?

—No le va a dejar un hueso sano—afirma-



ba el viejo con convicción—, y como Buster dudara añadió—: No lo dude don Pedro, Buc tiene pasta para eso y para mucho más.

El día antes del combate fueron a visitarle a la sala de entreno Me Namara un hombre de vida equivocada que había conseguido granjearse las simpatías de Buc, acompañado de una joven bellísima que dijo ser sobrina suya.

Ambos jóvenes simpatizaron. Ella le habló grandemente de los elogios que su tío había hecho de él por lo que sus deseos de conocerle habían sido muchos.

—Su tío es muy bondadoso conmigo, señorita—manifestó el muchacho—. Pero crea-me que exagera. Me elogia y yo no me merezco tanto.

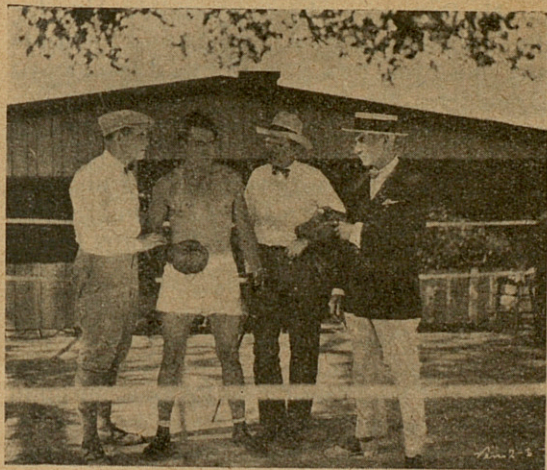
—No le creo señor. Mi tío es muy ecuánime, muy justo en sus apreciaciones. Cuanto el dice de usted estoy segura de que es cierto.

Y que bonita era Leonor. Buc la miraba de reojo, examinando las facciones estilizadas, el brillo de aquellos ojos, negros y lascivos que le miraban placenteros. Me Namara se acercó a ella y le dijo al oído:

—Insinúate y consigue la visita.

—No pierdas cuidado. Este bruto no triunfará mañana.

Cuando terminado el entreno disponíase a marchar Leonor con voz dulce y ojos expre-



— Me parece que de esta no sales.

sivos prometedores de un mundo de delicias le dijo:

—Supongo Buc, que esta noche vendrá usted a tomar una tacita de café conmigo, ¿verdad?

—Señorita. Agradezco su atención aunque contra mi voluntad no la acepto.

—¿Va usted a desairarme?

—No, señorita, pero como no ignora mañana es el combate y no me es permitido salirme del regimen que el entrenador me ha impuesto.



—No Buc, no me ha comprendido. Una tacita de the nada más y unas cuantas palabras entre nosotros tres y bastante. Libreme yo de detener a usted en mi casa cuando tan necesario le es el sosiego. ¿Usted cree que mío me lo perdonaría? No, no yo le invito a pasar una horita con nosotros pero una horita nada más—y acercándosele mimosa, poniéndole las manos sobre los hombros le miró prometedora, pronunciando —. ¿Verdad que acepta?

Y aceptó. Aquella mujer poseía en las pupilas una atracción tan poderosa que Buc dominado por la expresión de los ojos no pudo negarse a lo que le pedía.

Le recibió con la sonrisa en los labios, elegantemente vestida, casi al descubierto la exuberancia de un seno morbido de alta blancura.

Le tendió una mano dándole la bienvenida y después con fingido abandono sentóse en una chaise-longue mostrando a los ojos de Buc la línea asombrosa de las pantorrillas.

Tomaron the solos. Me Namara había tenido que ir al Club prometiendo volver en cuanto pudiese, encargando la misión de hacerle pasar lo más agradablemente el corto espacio de la hora.

Buc hallábase encantado; aquella mujer fascinadora ejercía fantástica influencia en su

voluntad y no una hora sino la vida hubiérale parecido al lado de ella un corto instante.

Eleonor le obligó a sentarse junto a ella, le hizo mil preguntas, le envolvió en su conversación tan tibia como la estancia y después cuando apurado el the Buc quiso besarla, notó que las piernas le flaqueaban, que la cabeza se le iba, que todo daba vueltas a su alrededor cual en fantástica danza. Y sin poder sostenerse Buc cayó en la chaise-longue haciendo vanos esfuerzos por combatir un estado que no comprendía.

#### IV

Dos horas antes de comenzar el combate Buc no había aparecido. Don Pedro, Irene y todos sus admiradores buscábanlo por doquier sin hallar rastro de su paradero, todo eran juicios, cabalas, todos intentaban saber el motivo que podría tener alejado al muchacho de donde era imprescindible su presencia.

—Habrà tenido miedo—decía Buster.

—No lo creo, Buc no tiene miedo a nada ni a nadie—murmuraba el viejo Tom moviendo la cabeza.

—¿Pues qué crees tú que puede haber sucedido?

—Nada bueno, lo presiento—y llevándole



a parte para que no pudiera oírle Irene explicó—. No sé porque la visita de Me Namara y una mujer que ayer vinieron me da mala espina. De Me Namara yo no espero nada bueno.

—¿Fué al gimnasio con una mujer?

—Sí, y por cierto muy linda.

—¿Y de qué hablaron?

—No lo sé, no pude oír nada pero los ojos de aquella mujer no decían nada bueno.

—¿Qué dices Tom?—preguntó Irene que hallábase angustiada.

—Nada—respondió su padre—. Que el último que vió anoche a Buc fué Me Namara.

—Mala persona es ese hombre. A mí me es muy antipático—y después con desespero—. ¡Pobre Buc! ¡Pero qué habrá podido pasarle!

Y la hora se acercaba, el Coliseum lleno de espectadores daba la sensación de las solemnidades pugilísticas. Las conversaciones eran animadísimas, las apuestas comenzaban a inclinarse a favor de Buc, cuando Me Namara "seguro del éxito" hizo variar la balanza. "Cinco a uno" a favor de la Hiena gritaban los corredores, pero entre los partidarios de Jones el desaliento iba cundiendo.

—¿Dónde está Buc?

—¿Qué hace que no le vemos?

Y Buc dominado por el efecto de una fuer-

te dosis de narcótico, hallábase durmiendo en la chaise longue.

Por fin despertó, miró sobresaltado el lugar en que se hallaba e incapaz de coordinar una idea volvió a recostarse en el sillón.

Mas haciendo sobrehumanos esfuerzos logró dominarse. Consiguió reflexionar sobre su situación comprendiendo al fin que había sido víctima de la maldad de un cobarde y dando tras pies, con la cabeza dolorida y los musculos endormecidos logró salir a la calle y dirigirse torpemente a su casa.

Allí supo la hora que era y los escasos minutos que faltaban para que diera comienzo la velada pugilística y haciendo un extraordinario esfuerzo de voluntad salió disparado hacia el Coliseum.

Sus amigos le recibieron con los brazos abiertos. Todos le preguntaban, todos tenían interés en averiguar el motivo de su retraso pero don Pedro cogiéndole de un brazo le arrastró hacia su cuarto asombrándose una vez en él del estado en que había llegado.

—¿Qué te pasa Buc? ¿De dónde vienes?

Pero Buc desnudábase con rapidez sin decir palabra, sólo con una obsesión en la mente.

—Tu no boxeas muchacho; no te encuentras bien y no debes subir al ring esta noche.



—Pues es necesario don Pedro; aunque me muera.

—¿Pero qué te pasa?

—Nada. Luego se lo contaré todo.

—Pero no comprendes que no estás en condiciones.

—Aun que me estuviera muriéndome sería igual — exclamó el muchacho apretándole fuertemente los brazos.

—¡Pero serás vencido!

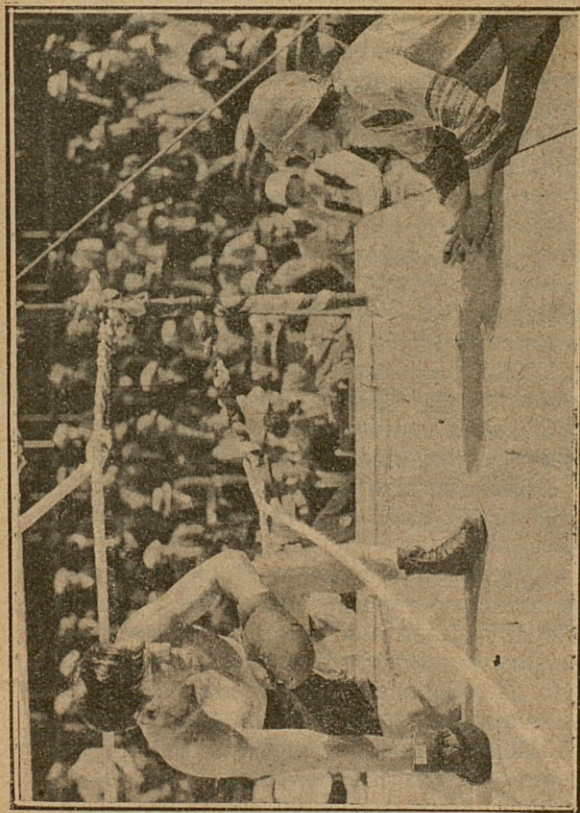
—Lo veremos.

Cuando le tocó el turno Buc ocupaba la silla destinada. Irene palideció al verle descolorido y con muestras evidentes de agotamiento y se acercó a él tratando de convencerle que desistiera; pero fué inútil. El la oprimió una mano con ternura y murmuró al oído.

—Por ti, Irene, debo luchar y vencer.

Todo estaba preparado, las opiniones divididas, los ánimos atemperados. Con la llegada de Buc sus admiradores habían logrado nuevamente equilibrar la balanza. Y él aun que con la cabeza pesada y un poco torpe, sonreía a sus amigos, saludándoles con las manos.

Quien no estaba tranquila era Irene que no podía apartar de su mente ideas lacerantes. La pregunta surgía pronto de sus cerrados labios, siendo siempre la misma frase la que repercutía en el corazón: “¿De dónde vendría Buc?” “¿Dónde habría pasado la noche?” Y



— Por tí he de triunfar. No temas.



como no pudiese responder categóricamente, la angustia le oprimía el alma y las lágrimas, silenciosas, asomábansele a los ojos resbalándole por las mejillas hasta llegarle a los labios que gustaban su hiel.

Buc que la observaba, las descubrió y mirándola con dulzura la envió un beso discreto con la punta del guante.

Me Namara, cuando supo que su enemigo había logrado escapar al efecto del narcótico le cegó la cólera. A tener allí a Eleonor la hubiese pegado y no sabiendo en quien descargar su rabia la emprendió a patadas con un infeliz que se hallaba a su lado. Cuando salió a la sala lo primero que hizo fué observar a Buc y cuando pudo convencerse en el estado de decaimiento físico que se hallaba se calmó viendo seguro el éxito.

Se acercó a él, le sonrió irónicamente y aun le dijo:

—¿Pero te has atrevido, Buc? Y nosotros que habíamos supuesto que tendrías miedo...

Jones se levantó de la silla y a no ser porque Buster y otros le sujetaron hubiera castigado al canalla que aun le sonreía, mas se contuvo y con ira concentrada le dijo:

—Deja tú que termine este asunto, que después ya nos entenderemos.

—Me parece que de esta no sales—exclamó el traidor sonriendo.

Sonó el "gong" salieron los "segundos"

del ring y tras la acostumbrada advertencia del árbitro comenzó el match con un ataque durísimo de la Hiena.

Buc esquivaba rehusando atacar, pero su contrario que no ignoraba en las condiciones que boxeaba su enemigo golpeabale la cabeza duramente tratando ponerle fuera de combate.

A la salida de un cuerpo a cuerpo el muchacho fué derribado de un fuerte directo a los ojos. El árbitro contó hasta nueve pero Buc se levantó repuesto y trató de defenderse con fuerte réplica, pero todo en vano. La Hiena en plenas facultades le devolvía los golpes con precisión martilleándole la cabeza.

Sus admiradores protestaban. Aquel no era el hombre en quien habían depositado su confianza, aquello era un muñeco que bailaba en el ring como un gallina. ¿Dónde estaba aquel valor y aquella fortaleza de puño?

En el quinto round volvió a besar el suelo y a no ser por el gong que señaló el descanso, hubiera terminado el combate. Irene se le acercó, don Pedro le aconsejaba que se retirase pero las lágrimas de su amada le produjeron tal impresión que completamente repuesto volvió a la lucha.

—Por ti, Irene, por ti he de triunfar. No temas.

Y partiendo de la silla con furia desenfre-



nada comenzó a atacar con vigor replicando duramente a los ataques de su contrario.

En aquel round realizó prodigios de ciencia. Sus puños hicieron sentir todo su peso en el estómago de la Hiena, que no esperaba reacción semejante, después del duro castigo, animando a sus admiradores que volvieron a ver en él hombre en quien tenían puestas todas sus esperanzas.

Tom, el viejo Tom que, encorazonado toda la noche no le había dirigido la palabra brincaba ahora de gozo.

—Animo, Buc, que es tuyo. Así me gusta verte. Duro al estómago, fuerte, así, fuerte.

Don Pedro e Irene más tranquilos ya, comenzaban a entusiasmarse. Aquel era Buc, su Buc. ¡Qué gusto daba verle!

Y efectivamente daba gusto. Sus puños golpeaban con eficacia en los puntos débiles del contrario quien incapaz de resistir las acometidas de Jones se refugiaba continuamente en las cuerdas.

Pero no le valió un "uno dos" en el estómago, seguido de un magistral directo a la mandíbula dieron con su cuerpo en tierra sin sentido.

El júbilo fué enorme. La gente asaltó el ring para llevar al vencedor en hombros, pero éste, de un salto, corrió tras Me Namara que al ver la derrota trataba de huir.

Buc lo alcanzó, detúvolo por los hombros y diciéndole:

—De rodillas, canalla—le obligó a ello empujándolo violentamente.

—Perdon, Buc, perdóname—murmuró el miserable.

—Toma por vil, toma por cobarde—le respondió el muchacho dándole puñetazos—. Eres peor que una alimaña.

\* \* \*

Irene acudió seguida de su padre tratando de poner en claro lo ocurrido.

—¿Pero qué ha pasado Buc?, ¿por qué le pegas?

—Porque él es el culpable. Trató de impedirme viniera al combate dándome un narcótico por eso vine en aquel estado.

—Canalla—masculó don Pedro.

—Déjale papá por fin todo ha salido bien y aquí tienes al vencedor, dale un abrazo.

—Vencí por ti, Irene, porque tu lo querías. Conque el triunfo es tuyo.

—Yo tonto..

—Bonita...

—¿Quieres el premio?



—Quiero tus labios.

—Pues aquí los tienes, tuyos son, como yo soy toda tuya.

.....

Y el héroe de la jornada recogió del rojo clavel de su amada el más valioso premio.

FIN

.....

PROXIMO NUMERO

## *Valor y heroísmo*

La más grande de las novelas de costumbres rancheras, en la que el amor y valentía están encarnadas en el jinete

**RICHARD DIX**

Postal: GILDA GRAY



23  
EDICIONES "BIBLIOTECA FILMS"

# Las mil y una noches

== LOS  
CUENTOS  
ETERNOS

Pida en seguida los primeros cuadernos

*Ali-Babá  
y los cuarenta ladrones*

En un solo cuaderno

*Aladino*

o

*la lámpara maravillosa*

En dos cuadernos

*Historia  
del caballo encantado*

En un solo cuaderno

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado a  
**Biblioteca Films, Apartado, 707 - Barcelona**